

## **Recepción Académica de Rafael Spregelburg (apertura del acto por el presidente de la AAL)**

Tengo el agrado de abrir la sesión pública n° 1565 convocada para la asunción formal de Rafael Spregelburg como miembro de número de esta Academia Argentina de Letras. Nuestro homenajado fue elegido por el cuerpo académico en la sesión del 12 de septiembre del 2024 para ocupar el sillón n° 20. De los veinticuatro sillones académicos el n° 20 está puesto bajo el patrocinio de José María Paz, militar argentino que acompañó al general Belgrano en el ejército del Norte, en cuya formación intelectual se destacan los estudios de filosofía, teología, matemáticas y jurisprudencia, y del que sus *Memorias póstumas* son una de las fuentes de la historia argentina del siglo XIX. El sillón fue ocupado anteriormente por Martín Gil, Francisco Romero, Miguel Ángel Cárcano, Luis Federico Leloir, Delfín Leocadio Garasa, Horacio Castillo y Élide Lois.

Como se advierte, ni la figura que da nombre al sillón ni la totalidad de sus primeros ocupantes fueron típicos hombres de letras. Martín Gil fue docente, Francisco Romero, filósofo, Miguel Ángel Cárcano historiador y político, Luis Federico Leloir médico y bioquímico. Solo Garasa, Castillo y Lois tuvieron una actuación ligada con mayor exclusividad a las letras y a la lengua. Esto tiene su explicación. Para el cumplimiento de estos dos objetivos la Academia procura contar entre sus representantes con figuras de la cultura en su sentido más amplio, dado que los intercambios que esta suscita, con sus variados modos de conciencia, son los que, en definitiva, brindan el diagnóstico del idioma y de su literatura. Baste señalar que el estudioso bíblico y egiptólogo Abraham Rosenvasser fue miembro de número de esta casa y que aquí custodiamos parte de su legado.

Rafael Spregelburg es un hombre de letras, pero, como en el caso de la mayoría de los nombrados, su figura de intelectual se ve desbordada hacia otros órdenes del talento y, en lo más propio, enriquecida por una personalidad múltiple. Es, podemos decir, un “hombre de muchas vidas”, como a él le gusta definirse. Vidas en las que se destacan las de dramaturgo, actor de cine y teatro, director de espectáculos, docente, y a las que debemos agregar las de articulista y traductor de obras provenientes del inglés, alemán e italiano. Aunque quizás podríamos aunar todas estas identidades en la más breve, cálida y unitiva que se condensa en la siguiente frase: “Rafael Spregelburg es un hombre de teatro”.

Dicho perfil es el que fundó la decisión de convocarlo a integrar el cuerpo académico y de enriquecer a la Academia con el aporte de sus variados lenguajes. De su mano corroboramos que el lenguaje no ha de ser entendido únicamente como estructura gramatical, sino también como espacio de universos comunicativos. Y que esos dominios del trato lingüístico no se agotan en la palabra escrita. Son tanto de raíz verbal, léxicos y sintácticos, como de carácter sonoro, incluidos la oralidad y el protagonismo del silencio. Y son, asimismo, plásticos, por el don de los cuerpos en movimiento. Todo ello, atravesado en nuestra época –como se encuentra- por la impronta audiovisual y las culturas digitales, la insoslayable convivencia que se cumple en los ritos de la vida diaria, la superposición de tiempos y lugares en la creación artística, lo cual nos da la muestra de un mundo cambiante y de una mentalidad también cambiante de los que participamos y a los que debemos comprender.

En nuestro país, y por solo mencionar los ámbitos de la poesía y la narrativa –de los de la dramaturgia se ocupará a continuación la muy autorizada palabra de Jorge Dubatti-, tenemos que Oliverio Girondo y Julio Cortázar, también Leopoldo Marechal, y sin duda, Juan Filloy, nos enseñaron a leer nuestro mundo en clave de juego, fiesta y símbolo. Esto apareja la flexibilización de las reglas lingüísticas más allá de la convención, a fin de expresar lo que también se encuentra en el horizonte de lo no dicho. Pero este mundo ha ido más lejos, y hoy el absurdo, la violencia, los vastos territorios de lo inexpresable, se han agudizado, y es el arte el que está llamado a dar cuenta emotiva de ellos. En la dramaturgia –como nos dirá Dubatti-, Rafael Spregelburg es una de las figuras más representativas de esta acción puesta a resaltar la complejidad de la identidad humana, mediante la imaginación apoyada en la técnica, el despliegue de la multiplicidad de sentidos, la ruptura de la relación causa-efecto, instrumentos -todos estos- de su poética.

“Para hablarle a una época hay que saber oírla”, se ha dicho. Rafael Spregelburg la escucha bien y la expone sin sujeción a reglas incommovibles. No otra es la experiencia que transmite su obra. Por un lado, tenemos su reflexión personal sobre la función de la dramaturgia en artículos y ensayos. Y por extensión, proyectada en la territorialidad de la escena, su mirada sobre el contexto histórico, social y cultural de nuestro tiempo. De este modo, con la hilaridad que despierta, con el desasosiego que impregna, con la meditación que impone la lección de un lenguaje en vías de transformación, sus obras borran la tensión entre lo real y lo imaginario y todo en ellas se vuelve real. Es la continuidad de un mundo que se muestra en imágenes antes que en significaciones y cuya unidad de sentido se encuentra en la búsqueda de la palabra que falta, de la acción que nos reúna.

Reconocido nacional e internacionalmente por la originalidad de su producción dramática, multipremiado aquí y en el extranjero, Rafael Spregelburg es un experimentador y un suscitador. Se ha hablado de un “pensamiento en acción”. Sus obras son acciones en marcha que se ultiman en el encuentro con el espectador. No se limitan a representar historias: son testimonios del difícil, cautivante y arrebatador *estar en el mundo*. Él indaga para conocer y expone para compartir sus descubrimientos. Así es como lo escuchamos en nuestras sesiones de los jueves, así lo observamos actuar y dirigir en el escenario y en la pantalla, y así también seguimos sus recorridos televisivos por las obras y figuras de la arquitectura argentina del siglo XX. Y –como digo- nos enriquecemos con su lección. Por mi intermedio, la Academia Argentina de Letras le da la más calurosa bienvenida.

**Rafael Felipe Oteriño**